

BIBLIOGRAFIA

CALZA, Raissa, *Iconografía romana imperiale. Da Carausio a Giuliano (287-363 d. C.)*, Roma, L'Erma di Bretschneider, 1972, 8.º, 436 pp., CXXXIII láms.

Con este volumen concluye, quizá, la colección de los «Quaderni e Guide di Archeologia». Sea lo que sea de ellos, Ranuccio Bianchi-Bandinelli dejará de estar al frente de los mismos.

Los «Quaderni» fueron una aventura, pero aventura y venturosa ventura ha sido la edición de dos volúmenes sobre iconografía romana imperial, 222-363 d. C., iniciada en unos momentos en los cuales parecía comprometida la continuidad de los *Kaiserporträts* y centrándose en los períodos más difíciles. Que entre la aparición de uno y otro volumen hayan mediado nada menos que catorce años resulta penoso. No parece que la responsabilidad deba atribuirse a la autora del segundo.

La obra consta de dos partes, «Fonti e testimonianze» e «Iconografía»; la primera, texto antiguo y traducción italiana, ha sido redactada por Marina Torrelli; la segunda enteramente por Raissa Calza. Pasemos a ocuparnos de ella. La dificultad de los estudios de iconografía romana imperial es conocida, que en este período las dificultades alcancen mayor intensidad queda demostrado por la bibliografía hasta ahora existente y que generalmente giraba en torno a la edición de una pieza concreta. La escultura, la «gran escultura» cede ante el documento numismático, musivario o la gema.

Raissa Calza ha debido moverse sobre un terreno inseguro. La investigación anterior era escasa, atribucionista y no siempre razonada. El retrato en este tiempo abandona su carácter, tan romano, de retrato «fisionómico» para ser retrato «intencional», lo individual, rostros, facciones, etc., ceden ante la idea del retrato de clase, la *maiestas*, las virtudes y condiciones que se consideran propias y exclusivas del emperador.

Por ello esta obra no podrá considerarse exenta de atribucionismos. Es más quizás se han buscado conscientemente al querer reunir un material lo más amplio posible que, por razones estilísticas, atributos o dimensiones más que por razones iconográficas, podían ser, con certeza, atribuibles a este período y vinculados a las familias imperiales aunque su individualización pudiera ser azarosa o incluso imposible por el momento. Podría decirse que Raissa Calza, dada su familiaridad con los materiales y la época, se ha dejado llevar de la intuición. Intuición en todo caso análoga a la que le llevara en tiempos a atribuir algunas piezas a ciertos personajes y que hoy, aceptada por todos, se considera ya «genial intuición». Como los «intuiciones», y aún menos si son «geniales», me merecen muy poco crédito creo que en este caso debe hablarse en todo caso de certezas personales no demostrables por el momento pero que son consecuencia de una larga fatiga intelectual no de una «inspiración» de carácter iluminístico.

El Material reunido, 278 piezas ilustradas con casi quinientas fotografías, permitiría un análisis que, no por incompleto, dejaría de ser prolijo pues esta no es obra que se defina y delimite con una recensión por extensa que ella sea. Me permitiré señalar dos

puntos de disconformidad puesto que podían ser resueltos en la propia Roma y en las bibliotecas que Raissa Calza frecuenta habitualmente.

La pobreza de iconografía imperial a partir del siglo III hallada en España es evidente aunque no haya llegado a ser pública ni se le haya considerado notoria. Raissa Calza alude, únicamente, a dos piezas en España, una de ellas obviamente forastera. Prescindiré puesto que no me parece útil añadir o aludir referencias a piezas dudosas o poco explícitas como algunos *pondera*, etc.

Para el retrato del Prado atribuido a Constantino podía haberse citado, al menos, el catálogo de esculturas de dicho centro completando la bibliografía que se cita, es probable que Jucker lo haya visto directamente pero es dudoso que L'Orange lo viera en la época en que preparó sus *Studien*. Como, además, el retrato no se reproduce resulta difícil identificarlo entre las imágenes de «romano desconocido» que pueblan el catálogo para quienes no disponemos del estudio de Jucker.

Otro caso es el «retrato en mosaico» del emperador Constante que, según la hipótesis de Schlunk, aparecería en Centcelles. Resulta curioso que se diga que el mausoleo fue «descubierto» en 1951, en realidad cosa de un siglo antes, y se desconozca toda la bibliografía precedente, en parte publicada en Roma, y posterior, asequible en Roma sin especiales dificultades, que en parte puede dar pie a la discusión de la hipótesis de Schlunk considerando el monumento como mausoleo del emperador.

El segundo punto se concreta en el problema de la aceptación de las atribuciones de Kähler queriendo ver retratos constantinianos en los mosaicos de la «basílica S.» de Aquileya. No pienso entrar aquí en las múltiples razones que, a diez años vista, pueden aducirse en contra de la tesis de Kähler pero me permito anotar que en parte se hallan expuestas en la recensión que dedicó Carandini al estudio de Kähler en *Archeologia Classica*. Sin embargo estas obras de conjunto representan siempre una contribución que no es perfecta, es perfectible pero, sobre todo, es, *hic et nunc*, imprescindible.—ALBERTO BALIL.

KISS ÁKOS, *Roman Mosaics in Hungary*, Budapest, Akadémiai Kiadó, 1973, 4.º, 72 pp., xviii láms., 1 mapa. (= FONTES ARCHAEOLOGICI HUNGARIAE.)

Apenas una docena de localidades de Hungría han dado, hasta ahora, mosaicos de los cuales poco más de treinta son susceptibles de estudio. Este catálogo, introducción e índices aparte, se divide en cuatro secciones, «historia de la investigación», «descripción de los mosaicos», «valoración de elementos y estructuras» y «principios generales de investigación».

Nos hallamos, por consiguiente, ante un conjunto muy inferior en número al que, por término medio, ofrece una provincia de la Península Ibérica situada al S. del Duero. Esta diferencia y discrepancia sólo puede explicarse por las diferentes condiciones socio-económicas imperantes en Hispania y Pannonia, en su parte correspondiente a la Hungría actual. Condiciones más parecidas pueden hallarse en el N. de la Península Ibérica en cuanto a número de mosaicos y, probablemente, condiciones socio-económicas.

Las primeras noticias sobre hallazgos de mosaicos corresponden al siglo XVIII, recuerdese que la reconquista de la fortaleza de Obuda no tiene lugar hasta 1686. Los hallazgos se suceden hasta el primer decenio del siglo XX centrándose principalmente en Aquincum y en alguna villa como la de Baláca. Se debe principalmente a Wollanka con su estudio del mosaico del *aula absidiata* de Baláca y el mosaico con el «suplicio de Dirce» de Savaria la difusión de algunos mosaicos de Pannonia en la bibliografía internacional